

José Martí "a paso de ansia"

Menciona la suerte de recibir de regalo al comienzo del tercer milenio un soberbio volumen titulado *Diarios de José Martí*¹, en el decir del periodista Guillermo Cabrerizo Infante, "su obra maestra absoluta". No más lejos y descubrir que son los diarios escritos entre el 14 de febrero y el 17 de mayo de 1895. O sea, en esos días el exiliado va retornando a su tierra y mientras escribe su diario de morir -el lo ignora-, va dejando constancia de una polémica afirmación de vida.

Un enero de 1895, en Nueva York, cuando iba a cumplir cuarenta y dos años de edad, José Martí se agotaba en los últimos preparativos para el alzamiento de las fuerzas revolucionarias en Cuba para lograr la independencia y dejar de ser colonia de España. De ahí partió en buco a Montecristi, donde lo recibió Máximo Gómez, general en jefe del Ejército Libertador.

Días más tarde, con lenguaje preciso y de singular belleza, dejó constancia de la compasión, pero ignora que sobre todo dejó constancia de su bondad de bien, de su patriotismo ejemplar y de la alta cumbre de su escritura.

Resulta muy decadente su dedicación a Carmen y María Mantilla, por cuanto Martí, pueramente a la escritura de los Diarios, escribió las más commovedoras cartas a María Mantilla, hija de Carmen Miyares, nacida el 28 de noviembre de 1850, poco antes de que muriera Manuel Mantilla, esposo de Carmen. Este matrimonio era dueño de la península, donde vivía José Martí en Nueva York, desde donde salió para emprender su viaje patriótico.

Martí en su travesía, así como saborea el café con azúcar, condimentando con azúcar o téce moscada o los róticos anísicos que su pueblo le brinda en cada "almuerzo católico", disfruta la recostadura del lechón y va reconociendo frases y apuntes, la queja: "Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió y si la mujer de Jiménez tiene el sygo dicen que ha dado a luz?", según pregunta un campesino. O bien platica con ojo certero y capta con oído atento el pliego salado: "A la mara que pasa, desgorniza la cintura, poco al seno el tallie, ando ca ando flojo el puzuelo amazillo, y con lo fleo de campeche al pelo negro; ¿Qué buena cosa esa pulita de freír pa mis chicharrones!"

Martí tiene oído fino y nada se diga de la vista: "Oigo un ruido, en la calle llena de sol del domingo, un ruido de ella, y me parece saber lo que es. ¡Es! Es el fustán almidonado de una negra que pasa triunfante, queando con los ojos, con su cara limpia de calicó moendo oscuro, y la manta



por los hombros. La blanca tiene piernas de cerdo, tal vez natural y flexible de la dominicana, de humor y poder a la flexilidad más infeliz. La forma de la mujer es cosyugal y cadenciosa".

Sabe apreciar la música del mar, del viento, de la selva en plena campaña, luego de abrir claro a machete y tender las hamacas de bosco al trueno: "Sínto el grillo, el lagarto, quiriquíquiles y yo corro le responde (...) ongo la música de la selva compuesta y suave como de flautines violines, le trinca ondón, se ensazúa y desata, abre el ala y se posa, tibia y se eleva, siempre sotil y minima (...). ¿Qué danzas de altas de hojas? Se nos oblija lo costumbre, comemos salchicha y choclate y una larga de chiqua ando. La ropa se seca a la legua".

Se complacía en cocinar cada planta, cada árbol con sus propiedades. Deja constancia de los alimentoys de los numerosos medicamentos recuperados por la sabiduría campesina, indispensables para curar a los heridos combatientes.

El 9 de abril, Martí sólo escribe una línea que planea una interrogante imposible de resolver y sigue un dulce secreto:

"Loto, jorongo, llorando en el balcón, Nos emborronamos".
Jorlongo: ¿Papito? El revolucionario? ¿Peso? ¿Pesar? (Desconocido) ¿De ellos? ¿De ambos? Cubanísimo no registró por los diccionarios de la lengua y ya comprende de la oración, del modo y la intuición, según me explica una funcionaria de la embajada de Cuba.

En esa travesía, Martí se topa con multitud de respetables como ese Nené con veinte hijos o la madama Mercedes, "de vejez limpia". Todas ellas lo hospitalan, lo alimentan a él y a los patriotas, recién plato y colado el café, granado el arroz blanco con su acompañamiento de huevos fritos o pollo y verduras. Todos, hombres y mujeres de trabajo, se aprontan para la guerra y preparan sus armas y Martí se descubriendo su América y saboreando sus frutos.

Se deleita con el decir de los pírsanos: "La fina aquí es alegre, pincerosa, concisa, sentenciosa; y como filosofía natural".

Va describiendo caracteres, ambientes, paisajes, costumbres. La pocas veces retoma a su virgin:

"Iba probombote y general de fregio: dejó en una burla confundida a un compade la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y ce un tiro de carbúm, a la puerta

de la propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel y a ti no te mato, porque eres miér."

Lee libros en francés que evocan don de alio, nunca deja de anotar sus observaciones. Lleva en el bolígrafo la *Vida de Cicerón*, junto con cincuenta cápsulas (mañanas).

El 25 de abril, en el océano reloj, en la jornada de guerra y se pregunta: ¿Cómo no me inspiro hacer la marcha de sangre que vi en el camino? ¿Ni la sangre a medio saco de esa cabecera que ya esté, antemano, con la cartera que le puso de destino un jinete necro?

Ya lo había anotado en una ocasión: la marcha "a paso de ansia" rambo a su destino: "A paso de ansia, clavándose de espaldas, cruzábamos a la medianoché oscura la marisma y la arena".

El 4 de mayo, lo corresponde asistir al consejo de guerra de Masabó, ladron y violador, condenado a muerte y con el astillero, a uno de los sucesos más tremendos de una guerra:

"Y mientras ordenan la marcha, en pie queda Masabó, sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del escudo, vea niendo los pantalones azules y ligeros. Le vuelan sin cesar, como a un viento rápido. Al fin van, la caballería, el resto, la fuerza entera, a un bajo cercano, al sol. Grave momento, el de la fuerza collada, apitada. Suelan los tíos y otros más, y otro de remate. Masabó ha muerto valiente. ¿Cómo me pongo, coronel? ¿De frente o de espaldas? ¿De frente? En la pelea era bravo".

Días después, el ocho, otro consejo de guerra para juzgar a tres por asesinato al vecindario. Son sentenciados a muerte, pero luego disuiven penitencias, a instancias del propio Martí. Es horrible el cumpleamiento de la sentencia, el ver a un hombre aterrado:

"El grito, se resiente en la cuesta, no quiere andar. Toca marcha otra vez, y las filas siguen, de dos en fondo. Con el resto implora Chacón y entre risas, empojandolos. Debris, solo, sin su sombrilla, saco azul y sombrero prequeño, Gómez. Otros atrás, puros, y Moncada, que no ve al rey, ya en el lugar de muerte, llamado desolado, sacándose el reloj, que Chacón le arrebata, y tira en la yegua... manda Gómez, con el rostro demacrado, y empuja el revólver a los tres pasos del rey".

La escena prosigue en todo su espanto. Se compromete con la revolución lo obliga a asumir responsabilidades que no pretendía, a presentar conflictos oscuros y a escribir una profunda página política.

"Preveo que, por cierto tiempo al menos, se diversificará a la fuerza, a la revolución de este capitán, se le privará del comando y grato, y de poder de vender de este consorcio natural, se le robará un detalle: presidente me ha llamado, desde mi entrada al campo, las fuerzas todos, a pesar de mi páblica repulsa, y a cada campo que llego, el respeto renace, y cierto suave cultivo del general caribe, y mestizas del goyo de la gente en mi presencia y sacácelas. Y al acercarse hoy uno: presidente, y sacré yo: 'no me digas a Martí presidente: el viene aquí como general; no me le digan presidente'".

"¿Y quien contiene el anzulo de la gente, general?", le dice Márquez: "no les hace daño a todos". Bueno: pero él no es presidente todavía: es el delegado".

Máximo Gómez, el general en jefe del

Ejército Libertador, según otra página de ese Diario, ha expresado a uno de sus hombres: "Pues lo tienen a usted bueno con lo de presidente. Martí no será presidente mientras yo esté vivo", y enseguida, "porque yo no sé qué les pasa a los presidentes, que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco, y Washington".

El 16 de mayo, Martí está angustiado, se debate en un conflicto ético que lo obliga a prepararse para inminente dimisión y lo testimonia: "Escribo poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegue la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resuadir el peligro que de años atrás prevén (...)"

El 17 de mayo, el maestro inmenso habrá de escribir su última página. Habla de los héroes combatientes, algunos de los cuales se han incorporado a las filas con sus hijos. El héroe no es privativo de los hombres: "Otro hijo hay aquí, Ernesto Morales, con diecinueve años, de padre muerto en las guerras... Y estos que vienen, me cuentan de Rosa Morena, la campesina viuda que le mandó a Raúl su Fijo Ángel Meléndez, de diecisiete años: 'Allá murió tu padre, ya yo no puedo ir, tú ve'".

Sin comentario alguno, punto segundo, Martí continúa viviendo su aquí y ahora: "Asan plátanos, y majan las-ya (champiñones) vaca, con una pizca en el plato, para los ojos verdes. Está muy turbio el agua enciada de Cumaná, y me fui Valencia en jirón hervido en dulce, con soja de bigo..."

Dos días después, el 19 de mayo de 1895, Martí, convenciendo las órdenes de sus superiores militares, en Dos Ríos "a paso de ansia" se incorpora al combate junto con su asistente Ángel de la Goura, siendo sorprendido por un comando español que lo hiere de tres tiros. Un práctico cubano lo recoge, lo remata y su cadáver es conducido al poblado de Remangangüas.

Martí lleva sobre corazón el retrato de la quinceañera María Mantilla, a quien se dirigía mimosamente: "Mi niño querido", "Muñeca mío", "Mi María", "Mi hijita"; en la última y extensa carta dirigida no hacía tanto, desde Caba Habiliano, el 9 de abril de 1895, le solicita:

"Y si no me vuelves a ver (...) por un libro -el libro que te pido- sobre la sepultura. O sabes tu pedir, porque allí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepulen los horribles. Trabajo. Un beso. Y esperame. Tu Martí".²

Pudieron haberlo no sabido los hombres, pero fue enterrado en una fosa común sin atad. Luego, por orden de la comandancia española, su cadáver fue exhumado y exhibido públicamente por horas en el parque del pueblo antes de ser tratado de noche al cementerio, en Santiago de Cuba.

Un oración español despidió el duelo ante tan amplia silenciosidad de cubanos.

Según el gobierno español en Cuba que sacó la cuenta, los gastos del funeral de José Martí ascendieron a siete pesos. ●

VIRGINIA VIDAL

1. Galería Gutenberg Círculo de Escritores, Barcelona 1951.

2. Cartas a María Mantilla, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1962.

AUTORÍA

Vidal, Virginia

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

José Martí "a paso de ansia" [artículo] Virginia Vidal.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa